

medio de los libros. Lo que aprenda en los libros será siempre deleznable y pegadizo. Y un paseo por el campo—en compañía de un maestro inteligente—hará más por la instrucción de este niño que un año de lecciones entre las cuatro paredes de un colegio. Los insectos, las plantas, las cosas de la casa y de las fábricas, entran rápida y eficazmente en el intelecto de este niño con sólo una visión en el propio ambiente en que todas esas cosas se hayan a la continua. Y lo que le sucede al niño que hemos imaginado, les sucede en general a todos.

Los años van pasando. El niño es ya adolescente. Es preciso que el mozo vaya formalizando sus estudios y pensando en lo porvenir. Ya los años de los divertimientos infantiles han quedado atrás. El adolescente va leyendo alguno que otro libro. ¿Quién dirige estas lecturas del mancebo? ¿Cuál es el deber de los padres y de los maestros respecto a las lecturas primeras del joven educando? Mucho se ha escrito sobre este grave problema. No se trata ya—como en el libro de Faguet—de la manera de leer, sino de lo que se ha de leer. Y lo que se ha de leer por este joven que está entrando en la vida del espíritu. Si se hiciera una encuesta entre personas de determinada clase social—los escritores por ejemplo—respecto a cuáles fueron sus primeras lecturas, el resultado seguramente nos sorprendería. Acaso viéramos entonces que muchos de los temores de los pedagogos y novelistas, con relación a las lecturas son puramente imaginarios. La influencia funesta de determinadas lecturas debe ser estudiada teniendo en cuenta una porción de circunstancias de que generalmente se prescinde. Un libro nocivo para un cierto lector, no lo será para otro. Un libro dañoso en determinadas circunstancias para una persona, no lo será—o no lo hubiera sido—en otro momento o en otro ambiente. Establecer una regla general con relación a los vicios y tratándose de lecturas, será siempre arriesgado. En la Biblioteca Nacional de Madrid está prohibido el servir novelas a los niños. Los niños no pueden leer novelas en la primera de las bibliotecas españolas. En principio, el precepto es laudable. Y lo es, más por cuestión de moral, en atención a una economía de tiempo que atañe a los propios niños. Con la libertad de leer novelas en la Biblioteca, los niños, olvidados de todo, pararían allí horas y horas. No habría para ellos ni escuela, ni taller, ni casa. La influencia de la lectura en el niño sería en este caso lo de menos—con ser cosa de gran importancia—;

lo de más sería el tiempo perdido por el niño en la lectura de libros secundarios y superfluos.

La imaginación

¿Secundarios y superfluos? Entramos en la segunda fase del problema. Dejemos a un lado, ya juzgada favorablemente, la prohibición de nuestra Biblioteca Nacional. Y pasemos ahora a examinar el color de las lecturas puramente imaginativas en la mente del niño.

Una hora, dos horas, de lectura diaria de una novela, ¿qué influencia puede tener en el espíritu infantil? Yo creo que si se realizara la encuesta que hemos indicado, la mayoría de los escritores, de los artistas, contestarían que las lecturas más beneficiosas para ellos, siendo niños, han sido las de los libros de imaginación, novelas e historias fantásticas.

En la vida, la imaginación es el más poderoso factor de progreso. Sin imaginación no hay ni gran general, ni gran financiero, ni gran director de periódico, ni gran escritor, ni gran gestor de fábricas. Todo lo es la imaginación.

Pensad en el director de un gran diario. Para mantener avivada la curiosidad de un vasto público y hacer que todos los días millares y millares de manos cojan con interés su periódico, ha de tener el director de tal periódico un espíritu siempre en ebullición, una mente clara y fértil, una imaginación, en fin, lozana y brillante. Un gran director de periódico ha de ser el hombre de una idea nueva cada día. Sin la fertilidad para el artificio cotidiano en el director, no podría tener interés el periódico. Y lo que se dice de un periodista puede decirse de un general, de un fabricante, de un escritor. Las batallas se ganan con imaginación. Los bellos libros son los que crean una imaginación sorprendente y original.

Y, viniendo a nuestro asunto—nos hemos salido, acaso, de él—¿cómo podremos suscitar y robustecer la imaginación de los niños? ¿Habrán nada mejor que una novela para encender en el infante la lumbre imaginativa? Compañeros míos a quienes he interrogado respecto a sus lecturas infantiles, artistas hoy de fecunda imaginación creadora, me han contestado todos que sus primeras lecturas fueron de novelas e historias fantásticas. Y a esos libros—condenados por pedagogos y moralistas—deben, precisamente, la fuerza que les ha hecho destacarse en el mundo de la inteligencia.

La imaginación lo es todo en la vida. Seamos, no severos, sino indul-

gentes con las lecturas de los niños; con las lecturas de novelas y libros quiméricos.

AZORIN

Madona y pagana

Tú la has visto rezar: eran sus labios, al repetir las oraciones santas, dos capullos de rosas, sólo hechos para decir plegarias; labios que se movían dulcemente, como en unción extraña, labios que parecían de querubenes de la región dorada, llenos de placidez, llenos de gloria, divinos como lágrimas; tú la has visto rezar; tú la has mirado, en el altar hincada, pidiendo al cielo con susurros leves una preciosa dádiva. «¡Si parece una virgen!» me decías; «¡Qué pureza de alma!» Y te quedaste solo, anonadado, contemplando a la casta.

No la has visto besar: tú no conoces ese estuche de nácar, que es aguijón de codiciosa abeja, al mismo tiempo que panal que encanta. Esos labios son ricos, son perfectos, son dos pulpos que raptan, son dos ávidos locos que acarician que quieren y que rabian. Son labios que pronuncian suavemente amorosas palabras, que en un beso transportan la alegría, la dicha y la esperanza, el querer, la ternura y también la pasión inusitada. No la has visto besar: cuando la veas, no pensarás que es virgen y es pagana, que reza y que fascina, que redime y que mata • y que esos labios de oración le sirven para besar con celos y con ansias.

EDUARDO MADURO

Panamá, Sept. de 1925.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

DOCTOR OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA